

enanos los montes que hoy consideramos gigantes. Cuanto más á prisa caminemos, tanto más se achicará el espacio, tanto más pequeña será la tierra, más incapaz de contenernos. Si llegáramos á realizar una carrera de una rapidez infinita, seríamos como Dios : estaríamos al mismo tiempo en todos los puntos de la línea que recorriéramos. Eso es imposible porque somos limitados; tenemos que estar *sucesivamente* en los distintos puntos de la línea. Pero esa consideración nos sugiere clara la idea de que, cuanto más de prisa andemos, más nos acercaremos al Ser ante el cual el espacio y el tiempo son sólo nombres; al Ser que no se mueve, pues, por el solo hecho de ser infinito su movimiento, como lo son todos sus atributos, dejaría de ser tal, para transformarse en inmovilidad soberana, en ubicuidad misteriosa.

Progresar es acercarse á Dios.

Al salir el tren á la nueva luz, después de cruzar el San Gotardo, yo oí conmovido el silbido de la locomotora como un grito de victoria.

Ese grito, en las cumbres de los Alpes, glorificaba al Señor en las alturas y anunciaba paz á los hombres.

Era el eco espléndido de los cantos aéreos de aquella aurora material y moral que alumbró un día los campos de Palestina : — Gloria á Dios y paz á los hombres : á los hombres de buena voluntad.

PARIS

¡Que te envíe impresiones de París!

No es chica dificultad. Hace ya varios días que ando de ceca en meca por esta ciudad y, francamente, no veo claro. Por eso no te he escrito.

Y no es porque no haya sol : gozamos de unos días primaverales ; la luz envuelve las cosas, y nos las envía á los ojos y al alma empapadas de alegría. Pero eso mismo hace que se muevan demasiado dentro de nosotros, y sobretodo en esta ciudad en la que, si hay algo característico, está diluido en el conjunto que gira y se renueva sin cesar. Este modelo no se está quieto.

El que viene á París crée, muy á menudo, que, desde que pone el pie en esta gran capital, ya va á encontrarse con sorpresas ó cosas extraordinarias.

Sucede, y tiene que suceder todo lo contrario.

Se concibe que se hallen sorpresas en ciudades que, como Sevilla, Toledo, Roma, Verona, Granada, Asís, tienen la eterna novedad de su pasado.

y estan encerradas en su ambiente antiguo como las joyas en su estuche. Pero Paris es el tipo y el modelo de la ciudad moderna; por todas partes, y muy especialmente en nuestro Rio de la Plata, se la imita desde sus pavimentos hasta sus techumbres. Toda ciudad recién nacida pretende ser un pequeño Paris; á ninguna se le ocurre aspirar á ser un pequeño Toledo. Y hacen bien. Un boulevard de Paris puede ser construido por los hombres; una Alhambra de Granada, una catedral de Toledo nó : las construyen las épocas.

Es cierto que en Paris existen también monumentos; pero no son lo protagonista de esta capital, no se ven, no se imponen, cuando menos, al viajero. La atmósfera los borra.

Yo he visitado ya el Museo del Louvre, el de Cluny, los Inválidos, la Cámara de Diputados, la Magdalena, Notre-Dame, las arenas de Lutèce, Versailles; he visto todo eso con el mismo espíritu que ha presidido mi viaje entero: no tanto por divertirme cuanto por aprender algo; he recorrido, con ese objeto, muchos *boulevards* entre el gentío; me he mezclado á la vida que circula por todas partes. Creo, sin embargo, que te escribiré poco desde Paris. Siento que mi espíritu está disipado, que no se fija en nada con intensidad.

Es que casi no es posible ver monumentos en esta ciudad. Aquí todo distrae; la atmósfera exterior, llena de movimiento superficial, todo lo penetra : hasta las piedras de los monumentos antiguos, hasta las admirables telas del Louvre.

La multitud que pasa y se divierte; los viajeros en montón que miran sin ver y sólo para decir que han visto, ó gastan dinero sólo para decir que lo han gastado, parece que irradian en torno suyo una atmósfera que mata el arte é impide la observación personal, y de la que no es posible sustraerse. Uno se siente arrastrado por el tumulto, y acaba por resignarse, aunque á regañadientes, á ser uno de los elementos que lo forman, por tal de ver, siquiera una vez, lo que ve todo el mundo. Yo me siento humillado cuando me encuentro en un teatro, por ejemplo, mezclado á una multitud que aplaude frenéticamente, con la boca abierta y los ojos ávidos, una gracia obscena y vulgar, como sucede tan á menudo. Me parece que se me ofende directamente, al confundirme con esa gente que se complace en lo indigno, en el espectáculo ó en la frase puramente animal. Pero el hecho es que yo estoy allí; me llevó el viento.

Para ver, pues, el Paris monumental ó histórico, el digno de estudio porque tiene fondo, es necesario emplear algun tiempo, bastante tiempo, sólo para aislarse un poco, para habituarse al Paris ligero que ve todo el mundo y que no tiene nada que no podamos conocer en otras partes; para no dejarse detener en el camino por el escaparate, por el abalorio, por el teatrillo, por el espectáculo fugaz que halaga á la multitud, por la multitud misma sobretodo.

La nota más característica de esta hermosa ciudad son las grandes calles, los grandes espacios vacíos cuya amplitud, prodigada por todas partes, perjudica muchas veces el efecto estético. Yo creo que, aún para abrirse calles y plazas, debe guardarse una proporción. Así como un edificio sin punto de vista pierde parte de su interés porque aparece deforme, así el espacio vacío deforme aplasta el edificio al alejarlo demasiado sin aislarlo por completo. Una pirámide está bien en un desierto; pero un desierto no está bien dentro de una ciudad.

Yo creo que algo de esto pasa en París; y por eso lo protagonista es aquí la calle, el espléndido boulevard de amplias aceras, el arbolado que lo frangea, los cafés y los *restaurants* que lo limitan, los escaparates flamantes y de relumbrón, y sobre todo el gentío que lo recorre sin cesar, los omnibus, los millares de carruajes de que esta materialmente atestada la calle, los cascabeles que suenan en las colleras de los caballos, los vendedores ambulantes que gritan, los charlatanes que peroran encareciendo las excelencias de una nueva baratija, la *dernière nouveauté*, cuyo uso enseñan al público, los concurrentes á las mesas de café que ocupan la mitad de las aceras y allí, sentados al lado de las botellas de anchas bocas en forma de cornetas y grueso cristal á prueba de porrazos sobre el mármol, presencian el interminable desfile de sombreros de copa alta, y cuellos tan altos como los sombreros, y damiselas de mangas infladas, golas de espuma blanca, y talles esbeltos

apretadísimos, y sombreros con pájaros de alas abiertas que parecen cuernos.

Es muy difícil sacar de todo eso una mancha exacta de color; no se le vé el carácter plástico; es fugaz y artificial; el año pasado era otra cosa, el que viene será otra distinta.

He llegado yo aquí demasiado empapado en el ambiente de ciudades homogéneas y llenas de carácter, como Florencia, Venecia, Verona; muy lleno de serenidades áticas ó medioevales, para poder hallar encanto en el gran *boulevard* de París; me da este en los ojos como un traje de arlequin, me suena á cascabeles y abalorios. Sus paredes están cuajadas de letreros colosales, avisos de teatros, métodos curativos, anuncios de chocolaterías. Hay papeles de todos colores pegados por todas partes: en los omnibus que ruedan atestados de gente, en los kioscos de periódicos, en los redondos urinales de hierro enfilados al borde de las amplias aceras. Veo mucho amarillo, mucho rojo, mucho azul, muchas letras blancas y negras y rojas; todo fuerte, desentonado; todo grita á más y mejor para hacerse oír: los ojos se aturden tanto como los oídos.

Enormes caras rapadas de cómicos hacen visages pegadas en la pared. Una bailarina amarilla ó una ciclista azul, muestran las pantorrillas pintadas en rutilante cartel. Una gran cabeza de zuavo fuma sonriendo su pipa, pegada en los cristales de los kioscos. Y en las paredes el brillo de los escaparates; y el brillo de las letras doradas y de

las muestras llamativas en las rejas de los balcones; y gente, mucha gente que se codea en las aceras; y fiacres y ómnibus y peetones asustados por el centro de la calle...

No hay monumento que pueda adaptarse á este medio ambiente; no hay para él estilo posible: la piedra tiene que parecer demasiado severa; fría, inmóvil la línea arquitectónica que tenga sobriedad; insípida la escultural que tenga reposo.

Es eso lo que ocurre al armonioso juego de líneas griegas de los frisos y cornisas y columnas del templo de la Magdalena. El mismo teatro de la Opera, con ser un magnífico esfuerzo de adaptación al medio en que se levanta, aparece, sin embargo, frío: las grandes calles que á él convergen, hirvientes de vida commercial, absorben todo el interés.

Es en este medio donde yo he venido á sentir el porqué de ciertas aberraciones estéticas. El esfuerzo por adaptarse á él engendra los estilos arquitectónicos que complican la línea y la retuercen hasta hacerla gritar de dolor; las escuelas de pintura que, con el nombre de impresionistas ó efectistas, hacen que colores irreconciliables en la naturaleza, se abofeteen, dando alaridos, en el lienzo; las doctrinas musicales segun las cuales la simple melodía es insípida, y sólo en la armonía estridente puede existir la expresión y el drama musical; las producciones literarias epilépticas ó extravagantes ó recargadas de color.

Es indudable que el hombre pierde en razón di-

recta de la multitud de que forma parte. Los pensadores, los grandes artistas, son solitarios como los astros.

Ese gentío que veo en el *boulevard*, se embriaga del conjunto, sin fijarse en nada; no podría decir lo que hay tres metros mas arriba de los escaparates; ve sólo, una y cien veces, los frisos ó zócalos de los monumentos, los pedestales de las estátuas; se cuele codéandose en las puertas de los teatros como las ratas en su agujero.

Salgamos, pues, del *boulevard*, y busquemos aire más libre.

Tomo un carruaje y me voy al *Bois de Boulogne*, por la magnífica avenida de los Campos Eliseos. Es uno allí un átomo de la ola que rueda por aquella calle. Allá va entre quince ó veinte mil coches que se aturden mutuamente, que mutuamente se arrebatan el paisaje, que corren por correr. Se ve solo gentío, cabezas de caballos, sombreros de cocheros que sobresalen, y látigos, y manchas de colores vivos de los trajes y sombreros femeninos que salpican la mancha oscura de la multitud que rueda monótona, incesante.

Los ciclistas, machos ó hembras, cruzan como relampágos por entre el tumulto sobando el aire con las piernas que ostentan sus pantorillas, nadando en el vacío, agarrados á la máquina en que cabalgan, con los pescuezos alargados y mirando con grandes ojos hacia adelante. Parecen aves-

truces extraviados que buscan su banda dispersa.

Los guardianes del orden detienen un momento la masa de carruajes para dar paso, de una acera á la otra, á un grupo de peatones que atraviesan azorados la calle, viendo enemigos por todas partes. Los curiosos, que forman una larga raya negra en los bordes del paseo, miran y miran sin cesar arrastrarse la otra cinta negra interminable que se desliza por el centro de la calle con rumor monótono de ruedas y cascabeles de colleras, y cascacos de caballos que golpean á compás el pavimento de madera formando como el eco de un trueno lejano.

O yo estoy demás entre esta multitud, ó la multitud está demás para mí. Ambas cosas probablemente.

Yo, que no viajo para divertirme, pero tampoco para fastidiarme, respiro mal esta atmósfera.

Me habla más la soledad de una ruina que todo esto; me oigo más á mi mismo sobretodo. Y si uno no oye nada ¿á qué diablos viene aquí?

Estoy deseando ver y oír una vieja ciudad puramente francesa; estar solo con ella. Quiero irme á Reims, á Rouen, á Tours, á Avignon á pasar siquiera dos días, á ver si encuentro la frente cana y venerable de la antigua Francia, tan grande y tan hermosa. París es demasiado joven, se viste demasiado bien, nunca se presenta en su traje definitivo; se lo cambia todos los años. Aquí existe la pasión de lo nuevo, de la *dernière nouveauté*, y yo, francamente, no me convenzo de que necesaria-

mente *nuevo* ha de ser sinónimo de *mejor*. Los griegos no conocieron la moda y crearon la belleza plástica. Belleza es reposo necesariamente; y, muchas veces, es negación de lujo.

Por otra parte, aquí siente uno casi siempre que está demás; hay en todos lados plétora de gente, hombres y mujeres que sobran: en las taquillas de los teatros, en las sesiones parlamentarias, en los espectáculos, en las estaciones de trenes y de ómnibus y de tranvías. Siempre hay gente que espera turno, que sobró del turno anterior. Todo el mundo está ocupado, aún los que se divierten. Estos se ocupan primero en ganar su plaza; después en no ser molestados en ella, en aislarse del vecino, al que miran de rabo de ojo sin perder la rigidez del pescuezo, en inflarse ó esponjarse para cubrir su puesto como si empollaran. El hombre es el rival del hombre; se arrebatan mutuamente el espacio, el aire, la luz.

Habiendo tanto espacio y tanta luz en la tierra, ¿por qué se amontonarán así los hombres? ¿Por qué ese empeño en renunciar á ser personas para transformarse en números?

La importancia protagonista que tiene aquí la calle, el *boulevard*, el arbolado, la acera del café, el escaparate, el movimiento exterior, hace que los grandes edificios parezcan sólo decoraciones de las calles. Estas son como tajos dados en la masa de construcciones que, sacrificadas al hueco, for-

man una cuña como proa de barco en un lado, para hacer lugar á dos avenidas convergentes; una media luna en otro, para dar espacio á una plaza redonda; una isla irregular mas allá, para abrir camino á las tres ó cuatro calles que la circundan. Parece que las construcciones han tomado sólo los recortes de terreno que han sobrado á las calles; que los grandes edificios, iglesias, teatros, estaciones, se han colocado en los extremos de aquéllas como decoraciones pintadas muy hermosas, muy simétricas, admirables de situación; pero con algo de *pose*, es decir, de actitud enfática. Parece que el edificio se da cuenta de que lo están mirando, y dice á la gente: ¿Han visto Vds. que bonito soy? Se admira; pero la idea de monumento se va.

Muchas veces la avenida, para ser espléndida, ha aniquilado el edificio secular, lo ha aplastado arrebatándole su carácter, su ambiente propio que formaba parte de su sér. Ahi está, por ejemplo, la gran catedral gótica de *Notre-Dame de Paris*, el templo de las tradiciones y las leyendas. En torno de ella se agrupaba un dia el viejo Paris, como hoy Toledo en torno de su catedral ó de su alcázar. La construcción madre descollaba venerable y grandiosa en el sitio de la iglesia primitiva del siglo IV; aún á fines del siglo pasado se subía á ella por 13 escalones de piedra; estaba en lo alto. Hoy está en el mismo plano de la plaza y de las calles que la circundan, y cuyo nivel se ha levantado hundiendo la catedral. Grandes edificios simétricos han sido construidos á su alrededor formando

calles amplias; han regularizado la ciudad indudablemente; pero han estrangulado el monumento. *Notre-Dame* ya no existe, está sepultada.

Y es indudable que la *Notre-Dame* que fué no puede ser substituida.

Se ha construido, en cambio, un gran templo para el gran boulevard moderno: la Magdalena; pero eso es artificial y huelga en la atmósfera que lo rodea. No es, como lo fué *Notre-Dame*, el intérprete arquitectónico de una época, el gótico medioeval brotado lentamente de la tierra y del alma del pueblo, como desarrollo espontáneo y natural del bizantino, del románico; no es la Francia de piedra. Es una imitación de los templos griegos, hechos para figurar en la serenidad de la acrópolis, pero no para decorar el *boulevard* cosmopolita y abigarrado.

Paso por frente á la Magdalena por la mañana. Las puertas del templo están tapizadas de paños negros con franjas de plata y cifras; el vestibulo corintio está enlutado. Un convoy funerario sube por las graderías conduciendo un ataúd; á lo largo de la verja esperan los carruajes de luto, cuyos caballos con gualdrapas, también enlutados, sacuden las orejas envueltas en cucuruchos de merino, y miran, como los antiguos disciplinantes, por los agujeros de sus caretas ó capuchones negros.

Y en torno de ese cuadro; al rededor del severo templo de luto, hierve el boulevard: ruedan los

ómnibus ó son asaltados por la gente; pasan por centenares los *fiacres* guiados por sus cocheros de sombreros de copa alta de hule blanco ó negro; se arremolina la multitud en las puertas de las tiendas, en los escaparates; beben cerveza ó ajenjo en la acera del *restaurant* de enfrente.

Paso, dos horas después, por el mismo templo de la Magdalena, y veo otro convoy, vestido de blanco, que aguarda á que acaben de descolgar los tapices negros que se ven amontonados en el vestibulo: es una boda. La novia lleva su corona de azahares; el novio su frac; los acompañantes van sonrientes.

Ya han sacado el muerto, y los novios entran. En las alfombras de la iglesia quedan después mezclados siemprevivos y azahares, que son barridos juntos y arrojados al montón de residuos de la vida.

Se me ocurría, al ver eso rodeado por el hervor del boulevard, que la gente que respira esta atmósfera no puede aficionarse mucho, ni á morir, ni á casarse.

Una de las calles más hermosas de Paris es la que, partiendo del palacio del *Louvre*, genuino monumento francés que es una verdadera maravilla, que tendría que describirte aparte, termina en el Arco de Triunfo, que sirve de centro á doce avenidas que forman como los radios de una rueda inmensa. No debe de existir en el mundo, seguramente,

una calle tan espléndida, ni una posición como la de ese Arco, erigido por Napoleón para conmemorar sus victorias.

Está aquél situado en una altura; se domina desde su pie la extensión de las calles que á el convergen y que aparecen como cintas frangeadas de árboles. En la de los Campos Eliseos, se ven de día los carruajes que la cubren como caminos de hormigas ó manchones negros; de noche, como una procesión de millones de encapuchados con cirios que andan en la sombra, corriendo los unos sin rumbo, enfilados los otros, movable y fantástico el conjunto.

El cuadro, sin embargo, no tiene horizontes; se desarrolla en un solo plano. Los edificios que limitan la avenida desaparecen aplastados por la anchura y la extensión de la calle; no tienen más misión que la de determinar la espléndida cinta blanca frangeada de verde, que se ve inclinarse en blanda hondonada, y volver á levantarse á lo lejos hasta terminar en las Tullerías, y el Louvre por un lado, y en los bosques lejanos por el otro.

¿Y el arco de triunfo en si mismo?

Lo miro largo tiempo; miro sus grandiosas y nobles líneas greco-romanas, sus bajo-relieves de piedra: Napoleón con clámide griega coronado por la gloria, gritos de guerra, batallas, triunfos, nombres, fechas.

Este arco es una imitación del Arco de Tito en el

foro romano; pero es mucho mayor sin perder sus esbeltas proporciones; es el mayor del mundo segun creo. El recuerdo del arco de Tito y de los demás de la antigua Roma le perjudica, sin embargo.

Aquellas ruinas de dos mil años me parecieron de piedra condensada; irradian majestad; imponen silencio como los muertos. Este arco no me convence, no lo creo; me parece de carton pintado. Te doy mi impresión. Si es atrevida, es, en cambio, ingenua y sincera.

¿De qué nace?

Yo no lo sé con precisión; pero yo encuentro a Napoleón más grande que este Arco de Triunfo. Es que Francia es más grande que Roma; pero no es Roma. Yo veo a la Francia en su arte románico, en el transparente ojival nacido acaso en los claustros de Cluny; la veo en su espléndido renacimiento y aún en sus estilos galantes y delicados de Luis XIV y Luis XV: *Notre-Dame*, la *Sainte-Chapelle*, el *Louvre*. Veo en todo eso el vestigio de la nación protagonista del mundo; leo allí su gloriosa historia. No veo en cambio nada de su espíritu en este arco greco-romano que sólo representa la obsesión de Napoleón por la antigua Roma, su debilidad por imitarla a tontas y a locas, como si sus soldados fueran menos legendarios que los de César.

¡Cosa curiosa! Nuestro siglo, que ha tenido cien veces más arquitectos que los siglos creadores, no ha tenido una arquitectura, no ha creado una

línea nueva. Es que ha faltado reposo: los ideales han cambiado cada diez años; la fé en ellos no ha existido con la energía necesaria para tallar la piedra. Es el nuestro, el siglo de las construcciones rápidas y provisionales, que no dan tiempo a que un pueblo, por intermedio de un artista, imprima en ellos su carácter y su genio.

Si yo pudiera ver el Arco de Triunfo de Paris dentro de mil años, aunque fuera en ruinas, acaso me impusiera más que hoy, por más que no reconociera en él el espíritu francés; pero ¿quién me asegura que resistirá mucho tiempo a la atmósfera que lo envuelve con su poder disolvente? Me hace, pues, el efecto de una fruta que no está madura: no sé de qué color, ni de qué forma será, en definitiva.

Y si eso digo del Arco de la Estrella, ¿qué no diré de estas grandes construcciones de hierro, restos de exposiciones universales, que siempre me hacen el efecto de provisionales, como las tiendas portátiles de un campamento?

No son monumentos, son vestigios de ferias colosales.

La torre de Eiffel, de trescientos metros de altura, es su tipo.

¿Durará esta torre? ¿Madurará? ¿No la desmontarán cualquier día para hacer otra más alta, después de haber llenado ésta su único objeto, que fué el de admirar a la gente por su tamaño, y hacer hablar al mundo?

La torre de Eiffel es un andamio gigante sin ser grande. Se ofrece á la vista como esas *cunitas* ó combinaciones de hilos que los niños se extraen mútua y sucesivamente de los manos. Se ven en ella los nudos ó soldaduras de los hilos de hierro que la constituyen por dentro y por fuera; se vé todo. Es una altura flaca y sin misterio. Parece que, para hacerla muy alta, la han estirado como una pasta que se levanta del centro, ó como se estiran esos aparatos formados de rombos articulados que se alargan y se acortan desde las puntas. La han alargado hasta donde ha dado el hierro.

Las pirámides de Egipto eran menos altas; pero eran tumbas; aplastaban Faraones y median el desierto. Las cúpulas son más bajas; pero son como grandes depósitos de cielo; guardan una porción de este dentro de su curva excelsa para consagrarlo á un objeto: están llenas.

La torre de Eiffel no tiene nada dentro; está completamente vacía. El cielo se escapa de ella, como el agua de la red.

Y como es tan desproporcionada con los edificios que la rodean y con todos los de la ciudad, parece un grito agudo, un fuerte silbido en medio de una melodía; no pertenece al acorde; aturde.

Hay, sin embargo, en ella, una grande impresión cuando uno se acerca por primera vez á sus enormes patas abiertas como las de una araña encrespada ó las de una girafa que ramonea las nubes; cuando se pasa por debajo de los cuatros arcos de hierro en que descansa, y que se proyectan sobre

el cielo, más arriba de todos los demás edificios, como círculos colosales de filigrana. Entonces, al levantar uno la cabeza, la enorme construcción tiene garra y da un zarpazo. Se ven las nubes que pasan, y la torre, y el tricolor francés allá en la punta, entre las nubes. Es una asta-bandera digna, al menos por su altura, del glorioso emblema que sostiene. El movimiento del cielo se comunica al excelso andamio, y este aparece como inclinado, vacilante por el flotar de la bandera.

Visto de noche, ese efecto es fantástico. Las sombras solidifican la gran malla de hierro, borran el pedazo de mundo que la rodea, hacen soledad en la tierra y en el aire, y la torre es entonces realmente grande con su corona de luces que determina, sobre el cielo obscuro, la cornisa de su primer piso.

Yo declaro que me produjo escalofrío cuando, una de estas noches, sentado al pié de ella, vi ponerse la luna, una luna rojiza y sin brillo como la esfera de un reloj de contar siglos, tras la silueta negra de un arbolado pegado en el horizonte obscuro. La luna y el cielo y la torre estaban en proporción.

Estaba yo sólo; el cielo no tenía estrellas; por el aire pesado y caliente pasaban ráfagas frías, y aquella torre de hierro á mi lado me parecía, francamente, un desmesurado compañero.

PARIS

Vengo de visitar, en el Hotel de los Inválidos, *le tombeau de l'Empereur*, el emperador por antonomasia.

El emperador está aquí por todas partes; el París moderno es la ciudad, el monumento del emperador.

Todas las ciudades enropeas tienen una época histórica, un nombre que les imprime carácter. París, que es la ciudad de este siglo (el año 40 no tenía un millón de habitantes), parece, á primera vista, nacida con él, es decir, con la revolución condensada en Napoleón.

Todo lo demás de la larga y gloriosa historia de Francia, que tiene tantas huellas en esta ciudad, y que pudiera tener su interpretación proporcional, se ha ido obscureciendo, á medida que los recuerdos napoleónicos han ido tomando posesión de los arcos, de las plazas, de las calles, de los monumentos modernos, de la atmósfera de París.